

■ Columnista - Espacio de Opinión - FAMILIA AYER, HOY Y SIEMPRE

CUANDO ALGUIEN PRENDE UNA CHISPA

Por Dr. GONZALO PETTIT /
Médico

¿Qué sucede cuando alguien prende una chispa? Desde luego que se trata de un intento de encender un fuego que puede conducir a consecuencias diversas e incluso trágicas, como las que hemos experimentado tantas veces derivadas de atroces incendios forestales durante los meses de verano en nuestro país debido tanto a la implicancia e intencionalidad humana como por las altas temperaturas como también por la influencia del calor ambiental y fuerza del viento.

Fenómeno que no nos afecta solamente a nosotros sino también a muchos países del mundo que experimentan este destructivo flagelo que suele ser tan difícil de neutralizar y que conlleva no solamente cuantiosas pérdidas materiales y estragos en la fauna del lugar y no pocas veces también valiosas vidas humanas, en especial entre brigadistas, verdaderos héroes que exponen sus vidas en medio de un peligro constante en medio de un fuego abrasador.

Pero la verdad es que no necesariamente tiene que ser siempre así. Prender un fuego puede ser la mayoría de las veces algo beneficioso cuando lo hacemos para preparar nuestros alimentos o para calefaccionarnos durante los meses de invierno. Puede suceder también que se trate de una chispa que desencadene un clamor que constituya a su vez un estímulo que nos ayude a mantener viva la hoguera de la cordura y la sensatez.

Esta chispa puede ser iniciada por una persona, un grupo humano o incluso por una institución, tal como ha ocurrido recientemente entre nosotros luego de un informe del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) que nos ha abierto los ojos al hacernos presente que

nos encontramos al borde de una verdadera catástrofe demográfica debido a un índice de natalidad en franca disminución hasta niveles que ya no nos permiten acceder al reemplazo de nuestra población incluso con la influencia de la natalidad de la población migrante, que es superior a la nativa y que lamentablemente también ha ido a la baja con el correr del tiempo. Fenómeno ya conocido entre nosotros y que se ha profundizado progresivamente durante las últimas décadas sin que hayamos reaccionado para ponerle freno y que ahora tardíamente se transforma en una chispa de alarma demográfica de la que tenemos la obligación moral de hacernos cargo antes de que sea demasiado tarde, si es que el tren de la historia no nos ha dejado ya en el andén.

Tal como sucede con cualquier chispa que se inicia, dependerá fundamentalmente del insumo que utilizemos y de la habilidad y dedicación de quien la enciende e incluso de factores externos, habitualmente más difíciles de manejar y controlar, de manera que si no controlamos bien este conjunto de factores la chispa inicialmente encendida no prosperará y llegaremos al mismo sitio de partida. Es decir en un inmovilismo que nos conducirá a continuar dando la hora.

Se trata por tanto de un momento crucial: tomamos el toro por las astas o nos vamos a quedar sin niños, con una población cada vez más avejentada que no podrá hacer mucho para corregirlo. Estamos en el fondo en una encrucijada y si no tomamos el camino correcto vamos a terminar perdiendo nuestra identidad como país y serán otros quienes nos invadirán y decidirán nuestro destino, si es que ya no nos encontramos

inmersos en ello.

A ello ha contribuido en forma sustancial la progresiva distorsión e incluso destrucción de la familia como núcleo fundamental de nuestra sociedad lo que ha conducido a un desorden progresivo. Hasta el extremo que en la actualidad la gran mayoría de los niños que nacen en Chile lo hacen fuera del matrimonio. Fenómeno social que ha estimulado el desprecio sistemático de aquellas instituciones que han constituido los pilares en las que se sustenta nuestra sociedad.

Si no cuidamos de mantener viva esta chispa de alarma, alimentándola y protegiéndola con esmero y dedicación, vamos a ir caminando velozmente hacia un descalabro mayor y es altamente probable que sea sin retorno a no muy largo plazo. Necesitamos urgentemente aumentar los índices de natalidad en nuestro país. No podemos continuar más tiempo discutiendo exclusivamente sobre el crecimiento, la desigualdad, la seguridad, la economía, el narcotráfico y leyes sobre el aborto, que mata antes de nacer justamente a aquellos niños que necesitamos con urgencia. O lo hacemos ahora ya o las futuras generaciones sufrirán graves consecuencias.

Necesitamos recuperar con urgencia el aprecio por la vida, comenzando por validar y estimular el matrimonio, la configuración de la familia y estructurar una política poblacional que nos permita avanzar hacia una vida digna y responsable como ciudadanos de este hermoso país.